

VIAJES Y CIUDADES MÍTICAS

Álvaro Baraibar y Martina Vinatea Recoba (eds.)



Baraibar, Álvaro y Martina Vinatea Recoba (eds.), *Viajes y ciudades míticas*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 31 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-462-1.

RECORRER EL MUNDO EN LA CIUDAD DE MÉXICO:
UNA POLÍTICA UNIVERSAL Y UNIVERSALISTA
1730: «SOLEMNES FIESTAS DE LA CANONIZACIÓN DEL
MÍSTICO SAN JUAN DE LA CRUZ»

Dominique de Courcelles

Centro Nacional de la Investigación Científica, París, Francia

Miembro correspondiente de la Reial Acadèmia de Bones Lletres

de Barcelona y del Institut d'Estudis Catalans

Miembro de la Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras de México

Desde el siglo xvi y durante el siglo xvii, la Ciudad de México es un centro de cultura donde una elite refinada practica la literatura, las artes y las ciencias. El Barroco español encuentra aquí nuevas declinaciones, convirtiéndose en «Barroco de Indias». Las muy numerosas fiestas celebradas en las grandes ciudades, como ocurre en España desde el siglo xvi, dan lugar a relatos que contribuyen de forma original a la celebración de la Ciudad. Así es como en 1730 sale un libro intitulado *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana. Solemnas fiestas que a la canonización del mystico san Juan de la Cruz celebró la provincia de San Alberto de Carmelitas Descalzos de esta Nueva España*¹. Este libro, que describe las fiestas de canonización de Juan de la Cruz, bien muestra cómo en la época barroca, en el imperio español, la Ciudad de México tiene un

¹ Todas las referencias de la obra han sido tomadas a partir de *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana. Solemnas fiestas que a la canonización del mystico san Juan de la Cruz celebró la provincia de San Alberto de Carmelitas Descalzos de esta Nueva España*, edición facsimilar de la edición original de 1730 efectuada bajo la dirección de Manuel Ramos Medina. La obra ha sido objeto de un artículo de Manuel Ramos Medina, 2002, pp. 297-305 y de un estudio de Dominique de Courcelles, 2008.

valor muy emblemático. México, capital de la Nueva España, es una Ciudad mítica y el centro del mundo. La obra consta de 708 páginas, que están precedidas por un conjunto de piezas justificativas no numeradas y seguidas por un opúsculo, igualmente sin numerar.

LAS PIEZAS PRELIMINARES, MARCO HISTORIOGRÁFICO

Las piezas preliminares, justificativas de la operación historiográfica, no están numeradas, por lo que las designa claramente como constituyentes del marco del libro. Presentan los poderes políticos y religiosos de la Ciudad de México, capital del virreinato de Nueva España, y delimitan de entrada las implicaciones políticas, intelectuales y religiosas de una forma de escribir de la historia de las fiestas.

La primera pieza, que es una especie de prólogo de la obra, consiste en la carta dedicatoria dirigida por los que escribieron la obra a petición de los carmelitas. Está fechada el 20 de julio de 1730. Tiene como membrete un grabado del escudo de la Orden de los Carmelitas Descalzos, claro símbolo de la identidad del agasajado que es la Orden del Carmen en la persona de su fundador. Los autores pertenecen al célebre Colegio Mayor de Santa María de Todos Santos, cuya enseñanza de las humanidades es particularmente destacada: son los «doctores don Joaquín Ignacio Ximénez de Bonilla, don Joseph Francisco de Ozacta y Oro» y el «licenciado don Joseph Francisco de Aguirre y Espinosa». El primero es teólogo, cura de una parroquia; el segundo es jurista, abogado de la Real Audiencia y del Tribunal de la Inquisición, y el tercero es igualmente abogado de la Real Audiencia y regidor de la ciudad. Recién canonizado, san Juan de la Cruz es una de esas modernas glorias del Carmen.

La segunda pieza preliminar es un *Parecer*, es decir un aviso dirigido al virrey Juan de Acuña, marqués de Calafuerte, quien gobierna la Nueva España de 1722 hasta su muerte en 1734 y es conocido con el nombre de «gran gobernador». El *Parecer*, con fecha del 23 de enero de 1730, está inmediatamente seguido del texto de la *Licencia del Superior Gobierno*, es decir del permiso de impresión acordado por el virrey el 25 de enero de 1730, el cual constituye la tercera pieza preliminar. La importancia así reconocida al poder político por la ordenanza del libro es muy significativa del peso de la intervención del gobierno real en la vida de la Iglesia y más generalmente en la vida religiosa del virreinato.

Se trata entonces de conjurar el olvido de estas fiestas que, gracias a la escritura de su historia, son el objeto mismo de la memoria mexicana lo mismo que las obras que se inscriben en ella junto con sus autores. Lo que está puesto en valor aquí, es el conjunto al cual pertenece la composición del libro, él de la creatividad religiosa y artística de la Ciudad de México, de los talentos y de los conocimientos cuyo punto común es estar disponibles en el libro. A los talentos de los autores se añaden las costumbres sociales expuestas en estas fiestas como rituales sociales de conmemoración.

La quinta pieza preliminar consiste, en el umbral del libro propiamente dicho, en la *Licencia del Ordinario*, acordada el 30 de enero de 1730, «para la impresión de este Libro». El proyecto cognitivo y práctico de la historia requiere el registro de su autorización y de su legitimación. La fuerza del libro es en cierta medida la fuerza social de las representaciones ligadas al poder².

La introducción del relato de las fiestas de la canonización, que sigue sin transición la historia del santo, es muy significativa:

El día más memorable, por infausto, que siempre contará entre los alienes, señalándolo con piedra negra esta Cesárea Corte de México, metrópoli de este nuevo mundo, y emperatriz de todas las ciudades de la América, y que fácilmente se hiciera lugar en las otras tres partes del Orbe, por las muchas grandezas que en su todo concurren con tanta abundancia, que no son fáciles de hallar en otra parte, como lo confiesan unánimes, y conformes muchos extranjeros y europeos, que desnudos de toda pasión hablan con ingenuidad, fue el «quinze» de enero³.

Después del tiempo de la *Vida* de Juan de la Cruz, desde su nacimiento hasta la llegada de las bulas de su canonización, un nuevo tiempo hace irrupción en el libro: él de las fiestas, en el cual se representa, en contrapunto del poder del santo canonizado por todos espacios y tiempos, el poder de la Ciudad de México, metrópoli del Nuevo Mundo y emperatriz de todas las ciudades de América. La memoria del santo universal al inscribirse en la historia santa del mundo está conjugada con la memoria de México y con todas las memorias que componen esta Ciudad también universal, por su más grande paz y su más grande resplandor, en una suspensión imperial del tiempo.

² Nos referiremos aquí a los análisis de Louis Marin, 1975.

³ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 41.

En este pasaje de la historia del santo a la historia de la Nueva España, el convento carmelita de San Sebastián constituye un lugar primordial, verdadero escenario originario de las fiestas de la canonización y de una escritura de la historia. Habitualmente cerrado y reservado a los religiosos, he aquí que se ofrece a la vista, a la escucha, al recorrido público: «Se blanqueó y renovó, quanto pudo, todo el interior del Convento, sin que quedasse pieza alguna de la casa, que con este beneficio no pareciesse nueva, y no estuviese limpia, y aseada». Es el soporte material donde se escriben la ciudad y el reino, con un fin de verdad. Todos los componentes sociales están aquí expresados. Por ejemplo, sobre unos grandes paneles de madera «se pintó un coro de indios chirimiteros con todos sus instrumentos, y con tan sus propias figuras, trages, talles, y caras, y con las acciones tan vivas, cada uno del instrumento que governaba, que a la primera vista todos los tuvieron por verdaderos, tanto estaban de propios»⁴. Los devotos, y en particular las mujeres pertenecientes a las familias más ricas e influyentes de México, llevan al convento sus más arcanos tesoros de piedras preciosas, perlas, platería y espejos, con el fin de decorar los altares:

Preciosísimas joyas, de todo genero de pedrería, y abundancia de finísimas perlas de todos tamaños; y muy exquisitas piezas de plata labrada, y espejos singularísimos, assí por sus marcos como por la grandeza de sus lunas, de que estos años ha avido en este reyno grande abundancia, porque como todos los estrangeros son tan amigos de nuestra tierra, digo de nuestra plata, que en las abundantes minas de este reyno se da como tierra⁵.

El coro de la iglesia, que contiene el retrato del santo canonizado «como que estuviera escribiendo» pronunciando las palabras de la liturgia carmelitana escritas en unas filacterias, establece la conexión entre la alusión a la ausencia y la visibilidad de un cuerpo santo con poder útil a la sociedad mexicana en su conjunto. Simultáneamente deja aparecer y coexistir toda la riqueza del mundo, es decir, esencialmente, la del imperio hispánico, que es aquí resurgente y presente en formas, colores y materias, ya se trate de los damascos amarillos, verdes o purpúreos de la mozárabe ciudad de Toledo, de los «singularísimos payses de Flandes», de las sedas traídas de Oriente, de las rosas de Castilla y de las follajes

⁴ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 74.

⁵ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 75.

más odorantes de México, de los pájaros de oro «con no poca admiración de los ojos», de la reja del coro pintada de azul esmaltado con oro. Ciertos objetos vienen de Europa, la mayoría de México. Hay doraduras «a la italiana», laca negra «imitando el más lustroso de la China». El oro viene de San Luis Potosí, de Puebla de los Ángeles vienen los cristales y los vidrios pues «en materia de vidrios se puede decir que es la Venecia de las Indias»⁶. Así se ejerce un poder permanente de invitación de los sentidos, por esta inscripción abundante, desbordante de lo que atañe a la historia hispánica.

Los autores subrayan que, por todos sitios, espejos de cristal enmarcados de oro, fuentes de plata, arcas de vidrio se ofrecen a la mirada. La iglesia no es más que un centelleo infinito

Las planchas de cedro que atraviessan de pared a pared se vistieron del mismo adorno que el techo [...], pues todas parecían formadas de plata, crystal, y oro, como porque de ellas pendían veinte arañas de plata de diversos tamaños [...] colgadas con tan arte en las distancias de más altas o más baxas que llenaban ayrosamente todo el cuerpo de la Iglesia haziendo singular armonía: y como se representaban en los espejos del techo alzando la cabeza hacia arriba se veían multiplicadas en tantas que parecía todo el ayre estaba quaxado de arañas de plata⁷.

La capilla mayor, igualmente adornada de oro, de plata, de cristal y de espejos, merece ser calificada como «casa del Sol», lo que evoca una famosa sentencia del emperador Carlos V, según la cual, sobre su imperio mundial y universal, el sol nunca se ponía. La sociedad hispánica, convidada a este espectáculo único, puede elevarse y armonizarse a través de los espejos, el oro, la plata y el cristal, en una contemplación a la vez material y divina, que también es contemplación y puesta en abismo de su propia especificidad novohispana y de su propia historia. Todas las contradicciones encuentran aquí su resolución. Motivo de reminiscencia, el espejo es pretexto de una «singular armonía» no sólo estética y mística sino también política y social.

Sobre los cuatro pilares alrededor del altar mayor se encuentran «quatro espejos, que son los mayores, y los mejores, que ay en México, y aun en todo el reyno [...] y en quatro medallones de plata esculpidas quatro fabulas, a destrezas de el burril tan bien entalladas, que se duda

⁶ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 98.

⁷ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, pp. 83-84.

podiera formar tantas delicadezas el pinzel de Prothógenes, que dividió la subtilísima línea de el de Zeuxis»⁸. Es más, a propósito del tabernáculo: «El trono del augustísimo sacramento del altar se formó de una singularísima urna de crystal con extremos de oro, que se duda la igualasse la que se le presentó a el Emperador Federico en Venecia el año de mil quatrocientos y cincuenta y dos, como refiere Spondano»⁹. La Nueva España encuentra en estas reminiscencias del mundo antiguo un pasado que lleva también dentro de sí misma, del cual su lengua española lleva huellas. En filigrana aparece lo que es a futuro, el logro y la perfección del mundo antiguo, medieval, contemporáneo, la memoria por excelencia de la historia del mundo. Se lee un poco más adelante, lo que será un motivo muy repetido a todo lo largo de la obra: «El otro altar es de Nuestra Señora de Bethlem, que puede competir con las imágenes más bien acabadas de Nápoles, siendo su artífice un pobre indio»¹⁰.

Es de notar que, en este juego complejo de naturalidades diversas, de evidencias sensibles inmediatas, del cual el conjunto de los espejos ofrece el paradigma fundamental, las características materiales tienden a desaparecer. Todo es signo puro: «Con este adorno quedó este templo hecho un cielo, quedó esta iglesia hecha una gloria»¹¹. Los autores se preocupan por subrayar que la iglesia en su centelleo infinito, a pesar de que esté adornada con espejos que son espejos prestados por las mujeres, está a la imagen y semejanza del templo de Salomón, tal como se describe

al capítulo treinta y ocho del Éxodo, y hallará en verso octavo [...] ¿Por qué no ha de ser de mucha admiración ver todo un templo entero con paredes, y techo de espejos, y plata labrada en tanta cantidad, que fueron muchos millares de marcos los que avía en toda la Iglesia, y más de mil y quinientos espejos?¹²

La iglesia de San Sebastián del Carmen de México, por esta puesta en escena especular, provee desde este momento un lugar de ida y vuelta a las «historias» pintadas y esculpidas por todos sitios en la iglesia y el convento, que componen el presente de las fiestas de la canonización de

⁸ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 85.

⁹ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 96.

¹⁰ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 86.

¹¹ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 92.

¹² *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, pp. 100-101.

Juan de la Cruz y de la historia de la Orden del Carmen y de la Nueva España. Toda una corte sagrada y universal de patriarcas, de santos y de ángeles, imágenes de pintura o de escultura, rodea en el altar mayor al recién canonizado: a su derecha, santo Domingo, san Francisco y san Pedro Nolasco; a su izquierda, la Madre santa Teresa de Jesús, san Agustín y san Juan de Dios. Después, en segunda fila, san Pedro y el profeta Elías, después san Ignacio de Loyola y san Hipólito «patrón de todo este reino por averse conquistado en su día año de mil quinientos y veinte y uno». La historia de la conquista del Nuevo Mundo por necesidad está inscrita aquí, porque atañe en verdad a toda historia santa. Los ángeles, muy numerosos, están ricamente ataviados «por algunas señoras, que cada una hizo el empeño, que el suyo fuesse el mejor; y así cada uno tenía singularísimas joyas, y perlas, y tanta abundancia de muy finos encaxes blancos, y galante plumería de hermosas garzotas, que parece que volaban»¹³. La virgen de Guadalupe, descubierta por el indio Juan Diego poco después de la Conquista, y san José, patrón del Carmen, también están presentes. En un patio del convento, se muestra la virgen de Guadalupe en su santuario de México.

Y nos acordaremos aquí de la importancia, evocada anteriormente, del tema de la *peregrinación* en la historia del imperio hispánico desde el final de la Edad Media. Los epigramas, motetes y otros sonetos inscritos en unos papeles pegados sobre los muros y las puertas, en su resonancia de palabras e ideas, participan de este centelleo infinito de la iglesia del Carmen: «¿Ves de esta fuente el desatado yelo, / corriente vidrio, desatada plata, / que quando por el ayre se dilata / gigante de crystal aspira a el Cielo?»¹⁴. Así se reflejan y se confunden, similares y disímbolos, los espacios y los tiempos del mundo viejo y del mundo nuevo, las imágenes y los textos, con el fin de ser el punto de partida para una historia real, la del *Segundo quinze de enero de la Corte mexicana*.

La originalidad de la historia del Carmen reformado no deja de encontrarse afirmada patentemente. En cuanto al carro procesional de la Orden del Carmen, extremadamente imponente, que, saliendo del convento, recorre la ciudad todas las noches de la octava, muestra «el rapto del gran Padre y Propheta S. Elías, en que al subir triumphante por los ayres, fue gloriosa admiración de toda la naturaleza»¹⁵; debajo de él,

¹³ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, pp. 95-96.

¹⁴ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 117.

¹⁵ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 127.

recibiendo su manto como Eliseo, se encuentra Juan de la Cruz. Como la iglesia, el carro está resplandeciente de oro, de plata, de cristal y de velas encendidas, y está también adornado con diversos poemas. En la noche oscura mexicana, la Ciudad se hace mítica y mística, es sólo globo de luz, llama de amor viva, centelleo infinito. Los signos bien tienden a sustituirse a las ideas, para el placer y la gloria de la Orden del Carmen y de la sociedad del Nuevo Mundo: «lo que fue por tantos días admiración común de toda esta ciudad, que lo vio, y por relación de todo este dilatadísimo reyno»¹⁶. El discurso histórico tiende a volverse signo.

Así todas las iglesias de México, incluyendo sobretodo la catedral, pronto se adornan con oro, plata, cristal y espejos, e igualmente con poemas. Todas presentan las grandes figuras de la Antigüedad y las de la Santa Escritura, sin olvidar los más importantes personajes de la historia de la cristiandad y del mundo hispánico. Las mismas casas imitan el esplendor de la iglesia del Carmen, sobre todo cuando pertenecen a los hombres más poderosos de la ciudad, tales como los oidores de la Real Audiencia. Juan de la Cruz, causa ocasional de estas reminiscencias, permite a la capital de Nueva España, fuera de aculturación, reencontrar sus orígenes; le da el fundamento arqueológico que ha tenido siempre, pero que necesita recordarse; le permite tener su anclaje en una historia universal antigua pero compartida. Así es como, en el espejo tendido por la Orden del Carmen, la Ciudad de México y Nueva España pueden desarrollar orgullosamente la representación de su identidad y de su historia ejemplar para todo el mundo.

UNA «FÁBULA CINEMATOGRAFICA»¹⁷ PARA UNA HISTORIA IMPERIAL

La primera manifestación de la víspera del «Quinze de Enero tan desseado» es un paseo, especie de desfile, que es aquí como el señalamiento de la historia universal, la de una humanidad en sus diversas funciones, para retomar la terminología dumeziliana, precediendo las procesiones religiosas de las fiestas propiamente dichas. Este paseo, verdadero ritual político, es «como combidar a toda la Ciudad para la asistencia». Elaborado según un ceremonial preciso, muy aplaudido, se compone primero de cien hombres a caballo, lo que corresponde a la función guerrera, ya que uno no puede olvidar que Nueva España

¹⁶ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 100.

¹⁷ Retomo aquí el bello título del libro de Jacques Rancière, 2001.

es fruto de una conquista. Después vienen «uno, que representaba al Mundo», y las cuatro partes del mundo, representadas por soberanos, lo que corresponde a la función de la soberanía política. Para América, «el Rey Indio» y su séquito están vestidos como «los Indios principales». Son seguidos por África que representa «la Nación de los Negros»; después por Asia, representada por «el Gran Turco», acompañado por «ocho Moros». «A estos se seguían los Europeos»¹⁸. Los «Europeos» están vestidos con «un ropón de tela azul con passamanos de plata, como usaban antiguamente en España», y son seguidos por ocho españoles «vestidos a lo militar, con muy ricos adornos, sombreros a la francesa, y en ellos muchas perlas, y joyas». Algunas mujeres participan también en el desfile: «diez y ocho damas todas vestidas a la francesa» y cubiertas de joyas, lo que corresponde a la tercera función: la fecundidad, el trabajo y la ostentación. El «alférez real», capitán de la milicia de la Ciudad de México, montando un caballo blanco, porta el pendón de la Orden del Carmen. Soberano de Europa, el rey de España es especialmente majestuoso: «el que representaba a el Rey de España, cuya gala era toda muy rica, y exquisita, guardando todos los garvos de la moda, que oy se estila»¹⁹. El caballo del rey es objeto de una descripción precisa, muy característica de la admiración resentida por el conjunto de los hombres de Nueva España respecto de este animal llegado a tierra americana con los conquistadores. Por fin, cerrando la marcha, viene «una quadrilla de Romanos». Tal es la primera secuencia, ejemplar, visionada por la operación historiográfica: no hay aquí acciones orientadas hacia ciertas metas sino sólo situaciones abiertas en todas las direcciones sobre un fondo de música. Es un movimiento largo, continuo, hecho de una infinidad de micro-movimientos.

Son siete las diferentes secuencias de las «solemnas fiestas». Las cuatro primeras, después de la descripción del paseo, se refieren a la primera procesión que tuvo lugar en la tarde del 15 de enero, a los fuegos de la primera noche que siguió la primera procesión, a las solemnidades en la catedral el domingo por la mañana, y a la procesión que siguió, a una síntesis sincrónica de lo que ocurrió en los siguientes seis días. Están seguidas por los textos de los siete sermones pronunciados, cada día de la octava, por los predicadores más renombrados de las diferentes comunidades religiosas. La quinta secuencia está dedicada al octavo y último

¹⁸ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, pp. 244-245.

¹⁹ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, pp. 246-247.

día de la octava, que es el día más solemne. La sexta secuencia se refiere a la justa literaria, organizada en este mismo octavo día de las fiestas por el Colegio Mayor de Santa María de Todos Santos. Finalmente, la séptima y última secuencia, en conclusión de la historia de las fiestas, está dedicada a las «danzas, y comedias que hubo, y toros». Todas las descripciones están adornadas con los nombres de los principales protagonistas de las fiestas; así la historia de las fiestas corresponde a una prosopografía.

Son los repiques de las campanas los que indican, al amanecer del sábado «quince de enero», la entrada de la Ciudad de México en el tiempo histórico de las fiestas, que es también un tiempo poético:

Llegó el día Quince de Enero tan desseado en cuya alborada, quando el Aurora empezaba a esparcir sus luzes, resonaron armoniosas cinco diversas esquilas que hazían sonoras voces, y aviéndose tocado a vuelo por mucho espacio se soltaron después todas las campanas con un ruidoso repique [...] acompañando a el repique muchos cohetes boladores, truenos, y bombas de extraordinaria grandeza, que en lo quieto de el sossiego eran más ruidosos, sonando también a el mismo tiempo muchos clarines, y caxas²⁰.

El aire de la Ciudad se llena de resonancias infinitas. A las dos, la comunidad de los dominicos deja su convento y se dirige hacia el convento de los carmelitas, donde es recibida solemnemente. Después la procesión de las dos comunidades reunidas, cargando las estatuas de sus tres santos, santo Domingo, santa Teresa y el recién canonizado, se dirige hacia la iglesia catedral de México, a través de calles adornadas y llenas de una gran muchedumbre. Los canónigos las reciben con honor y las hacen entrar a su propio coro para celebrar todos juntos las vísperas con música. Después, la noche es totalmente luminosa, investida de un extraordinario y flamante espectáculo, que se repetirá cada noche de la octava. Sobre todo una «prodigiosa invención» es objeto de una entusiasta descripción: se trata de una verdadera obra dramática intitulada *El gigante de la puente de Mantible*. Un formidable superhombre surge debajo de un puente e incendia cuatro galeras que llegaron para atacar el puente; después él mismo se incendia y se consume poco a poco en un inmenso estallido de llamas y chispas.

En la mañana del domingo, primer día de la octava, desde las siete y media de la mañana, los carmelitas se encuentran en las siete puertas de

²⁰ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, pp. 247-248.

la catedral de México listos para recibir a todas las personalidades y a las comunidades convidadas a las fiestas, y primero a la *Real Audiencia*, como órgano administrativo y fuente normativa esencial dentro de la sociedad novohispana. Todos toman lugar en la catedral. La catedral es en efecto, en la Nueva España del principio del siglo XVIII —como lo fue en la Europa de la Edad Media—, un símbolo religioso y civil. Constituye un lazo estrecho entre los poderes civil y religioso: «en donde avía de concurrir lo mejor de los dos estados, eclesiástico y secular»²¹. En ella, las elites encuentran su lugar jerárquicamente atribuido, trátase del virrey y de sus oficiales, de la nobleza criolla, de la burguesía siempre más activa e influyente, de las autoridades de justicia y de policía, de las diferentes comunidades religiosas. Manifiesta la coherencia y el poder del conjunto social que es México, capital imperial del reino de la Nueva España. Las elites se exponen en representación de ellas mismas a ellas mismas, hacen la comedia de su propio poder. El término «theatro», usado en este contexto por los autores, es muy significativo. La catedral es por excelencia el lugar teatral de la Ciudad, donde hay un lugar asignado a cada protagonista del poder, por ejemplo una en frente de la otra, la Real Audiencia y la Ciudad, dos instituciones mayores constituyendo, de hecho, poderes contradictorios.

Saliendo de la catedral, la procesión se despliega en las calles de la Ciudad. Las personalidades civiles figuran entre las cofradías y las comunidades religiosas:

Después de estas se siguió la comitiva del señor corregidor Marqués de la Colina Don Gaspar Madrazo, a cuyo combite cortesano hizieron empeño de asistirle todos los señores cavalleros de título y de ábito de esta americana Corte. Inmediatos al señor corregidor iban los dos alcaldes ordinarios [...] con todos los señores del Ayuntamiento²².

La estatua de santa Teresa, adornada con piedras preciosas, es cargada por los dominicos. Los autores se preocupan por incluir en su relato las informaciones que les parecen dignas de memoria.

Los autores explican que

la estatua de el gran padre san Juan de la Cruz se fabricó de nuevo para esta ocasión, no conforme a la estatura pequeña del cuerpo natural del santo, de

²¹ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 254.

²² *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 257.

quien dixo tan saladamente la Santa Madre que era medio frayle, sino en la mejor disposición de un cuerpo ajustadamente perfecto...²³

No dejan de subrayar que «su artífice sería algún primoroso Phidias, o algún Michael Angelo Bonarrota, u otro de los Romanos insignes, y no fue sino de mano de un indizuelo, que no llega a diez y ocho años, y con tales instrumentos que parece maravilla»²⁴. La joyería que cubre al santo, sobre todo compuesta de diamantes y esmeraldas, «está avaluada en diez y seis mil pesos, sin la manifiatura, sino sólo su valor intrínseco de oro y piedras»²⁵. En diferentes ocasiones, los autores indican el valor mercantil de las riquezas expuestas.

Durante los siguientes seis días, cada comunidad religiosa se dirige en procesión a la iglesia de los Carmelitas para festejar al nuevo santo mediante oficios de la liturgia y conciertos: se suceden así la Orden de los Franciscanos de la Observancia, la Orden de San Diego de los Franciscanos Descalzos, la Orden de los Agustinos, la Orden de la Merced, la Orden de San Juan de Dios.

Es notorio que el poder político virreinal, durante todas las fiestas, no deja de controlar los movimientos de los hombres y las mujeres de la Ciudad de México, de proteger las iglesias —sobre todo la del Carmen— y de afirmar así la fuerza soberana de su policía y de su justicia. El deber político del virrey consiste en asegurar el orden y la paz.

La octava, «la octava maravilla», que es el último día de las fiestas está a cargo de la orden dominica y del convento imperial de Santo Domingo. Empieza desde la noche anterior. Ya que santo Domingo se representa tradicionalmente con un perrito deteniendo en el hocico una antorcha en llamas destinada a abrasar el mundo con el amor divino, la noche se distingue por «pródigos de fuegos [...] los más ruydosos que se han visto en esta Corte»²⁶. Un verdadero río en llamas corre del convento de los dominicos al de los carmelitas y del de los carmelitas al de los dominicos, acompañado por una música incesante, para el mayor asombro de la muchedumbre que se apretuja. Se pueden admirar unos «copados árboles», unas «pilas», unos «hermosos torreones», unos «formidables castillos», unos «hermosos arcos» que arden, unas «sierpes muy

²³ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 272.

²⁴ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 273.

²⁵ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 274.

²⁶ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 491.

corpulentas» que vomitan fuego. Pero sobre todo, hay novedosos fuegos artificiales que fascinan a los espectadores: «con los nuevos artificios, que aora usa el arte, subían directos los cohetes, y a muy alta distancia se dissolvían en muchas luzes claras»²⁷. Al día siguiente, todos los carmelitas van al encuentro de los dominicos para acogerlos en su iglesia. De manera significativa, el predicador dominico termina su sermón con una invocación que reúne a los diferentes poderes: primero el papa dominico que permitió la canonización, «diamantina muralla de toda la Cathólica Iglesia»; después el rey de España, «el robusto León de Castilla, nuestro rey y señor»; el virrey, «príncipe ilustre que gobierna este reyno prudente»; la Ciudad, «ciudad noble, que devota a estos cultos asiste»; las órdenes religiosas, y finalmente la Orden del Carmen, «officina famosa de santos»²⁸.

La historia de las fiestas consiste en el registro de una infinidad de movimientos festivos, como si fuesen planos cinematográficos. No hay racionalidad alguna de una intriga que sería la de las fiestas de la canonización de Juan de la Cruz. Emilio Orozco Díaz y José Antonio Maravall pusieron en evidencia la importancia extraordinaria de las solemnidades públicas en la cultura barroca, la emergencia conjugada de una percepción teatral y de una concepción teatral del mundo²⁹. Esta teatralidad del Barroco tiene como corolario una teatralización de los poderes en su doble realidad física y poética, mítica. Lo que importa, es el efecto palpable del espectáculo en su conjunto, que conduce a una verdad interior de lo palpable que es la verdad de la historia imperial de España y de sus ciudades míticas.

En este contexto, la expresión «fábula cinematográfica», empleada por Jacques Rancière, parece esclarecedora: la «fábula» de las fiestas de la canonización de Juan de la Cruz es extraída de otra fábula, con los elementos de otra historia que es la historia, universal y santa, de España³⁰. Pero añade que «son dramaturgos y directores de teatro quienes han equiparado el suspenso íntimo del mundo con las peripecias aristotélicas»³¹.

²⁷ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 493.

²⁸ *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 519.

²⁹ Se trata de las siguientes obras: José Antonio Maravall, 1975 y 1979; Emilio Orozco Díaz, 1969.

³⁰ Jacques Rancière, p. 12.

³¹ Jacques Rancière, p. 13.

EL MOMENTO ESTÉTICO DE LA HISTORIA

Es notorio que, en esta historia imperial, cada individuo de cualquier grupo social puede encontrarse frente a sus semejantes como el actor frente a su público e interpretar un papel. Las justas literarias, por una parte, y las «danzas, y comedias que huvo, y toros», por otra, corresponden a lo que llamaré gustosamente el momento estético de la historia de las fiestas entre el principio del arte y el del divertimento popular.

Tanto las justas literarias como las academias se caracterizan por su extrema erudición, que relaciona a los participantes con el conjunto de la república de las letras. La celebración del doctor místico por las «Musas mexicanas» se sitúa en la estricta perspectiva de la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena, que se publica en México en 1604³². El americano Bernardo de Balbuena cita, como siendo sus principales fuentes, dos obras misceláneas reeditadas varias veces durante el siglo XVI, *La piazza universale di tutte le professioni del mondo*, que lo provee de datos sobre literatura laica y pagana, y las *Quaestiones quodlibeticae* escritas por un religioso de Salamanca, Alonso de Mendoza, y muy eruditas en poesía bíblica, con numerosas citas de fray Luis de León. Es probable que Bernardo de Balbuena utiliza también el *Catalogus gloriae mundi* del francés Barthélemy de Chasseneux (1480-1541), que contiene una sección intitulada «De laude poetarum». Al final del «Compendio», Bernardo de Balbuena da una larga lista de poetas de la antigüedad clásica y de poetas italianos, españoles y criollos, sin dejar de señalar la grandeza de sus linajes. Bernardo de Balbuena cita también a numerosos poetas americanos: «Y en nuestros occidentales mundos el gran cortesano don Antonio de Saavedra y Guzmán [...], el estudioso don Lorenzo de los Ríos y Ugarte, que con heroica y feliz vena va describiendo las maravillosas hazañas del Cid»³³. Es de notar que los poetas citados a menudo fueron ilustres por su obra historiográfica.

La alabanza de la poesía escrita por Bernardo de Balbuena culmina con el elogio de la Ciudad de México, lo que evoca el famoso género del *laus hispaniae* de la historiografía española, desde la Edad Media hasta la época moderna. La *Grandeza mexicana*, dedicada a la poesía, no puede olvidar alabar «las grandezas de una ciudad ilustre, cabeza y corona de estos mundos occidentales, famosa por su nombre, insigne por su lugar

³² Bernardo de Balbuena, *La Grandeza mexicana*, México, Melchor Ocharte, 1604

³³ Bernardo de Balbuena, *La Grandeza mexicana*, ed. John Van Horne, p. 159.

y asiento y por su antigua y presente potencia conocida y respetada en el mundo, y digna por las grandes partes que en ella concurren de ser celebrada por casi única y sola»³⁴. Así, la escritura poética participa en la glorificación de la México mítica, corte virreinal de Nueva España y, por extensión, del imperio español, de las «Espanas» en su conjunto. La escritura poética y las finalidades de la historiografía se conjugan.

Este momento estético, «donde todo fue en esta celebridad luzes, esplendores, y reflexos de inexplicable lustre, y claridad», reservado a la élite sabia, encuentra su contrapunto en «las danzas, y comedias que hubo, y toros», donde cada individuo, por más miserable que sea, puede a su vez participar, ya sea como actor, ya sea como espectador:

Sólo resta decir que para que nada faltase a el júbilo y alegría [...] hubo también tres garvosísimas danzas de muy diestros baylarines [...] la más celebrada y principal fue la que vulgarmente llaman en este reyno Tocotin, por ser el bayle con que los antiguos naturales de él celebraban a su emperador y monarca Moctezuma, y en que también cantaban los más graves caziques sus historias, para que de esta suerte passassen de padres a hijos los sucessos más notables de sus antiguas tradiciones. El traje de que en ellas usan es bellísimo, y muy grave³⁵.

Según la concepción de la Iglesia y, más particularmente de las órdenes religiosas, la historia de la Nueva España no omitiría, en efecto, englobar las «historias» y «antiguas tradiciones» de los «naturales», de los indios. El «Segundo quinze de enero» vale para todos los súbditos del rey de España. Los autores notan que los bailarines, que seguramente son indios, llevan máscaras

representando el gesto de aquellos famosos Indios, que fueron reyes en el tiempo de la gentilidad, y por corona una a modo de tiara, que llaman cuple, [...] adornando toda su faz de ricas joyas, y perlas, formando diversas empresas, ya de Águilas de dos cabezas, y de varias flores, poniéndoles por orla bejuquillos de oro, o hilos de perlas. A la parte de atrás le corresponde un garvoso penacho de varias plumas de colores todas garzotas. En las manos llevan en la izquierda un grande abanico, que también remata en vistosas plumas³⁶.

³⁴ Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, p. 166.

³⁵ Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, p. 697.

³⁶ Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, p. 698.

Los autores no dejan de admirar la riqueza de los adornos de perlas y de piedras preciosas de los bailarines, que superan ampliamente, según ellos, los de los santos y de los ángeles. Las otras dos danzas se describen mucho más brevemente: se trata, primero, de la danza a la española de jóvenes disfrazados de mujeres al sonido de una «viveza harmónica», después, de la danza, llamada faceta, de personajes grotescos y enmascarados.

Las comedias, siendo tres también, se dan fuera del tiempo de la octava propiamente dicho. Son los habitantes del barrio del convento del Carmen quienes organizan las representaciones de las comedias tres noches seguidas dedicadas a la gloria de la orden en el cementerio del convento, donde erigen «un primoroso theatro a la pared». Las comedias evocan diferentes episodios de la vida del santo. «Y aunque al principio se juzgó que por ser de noche, y en lo riguroso del invierno no sería tanto el concurso, se experimentó después que fue innumerable, y los muchos bancos y bancas que estaban delante del theatro daban muy bien a entender que era muy apiñado»³⁷. Pero ningún religioso asiste.

La historia de las fiestas termina con la mención de las corridas de toros:

No parece que estuviera cumplida esta solemnísima Fiesta, ni bastante regozijada, si no hubiera auido el mayor regozijo de los Españoles, que son los Toros, para lo qual se pidió licencia especial a su Excelencia, que la concedió liberal por cuatro días, mandando en su decreto que el sitio y toda disposición corriese de cuenta del corregidor de la ciudad; eligióse para esta función la plaza de la parrochia de Indios de san Sebastián, que está distante del convento de los carmelitas como tres quadras, para que así no quedasse ni la presumpción de que tan religiosos padres pudiesen verlos³⁸.

Evidentemente es de notar que esta manifestación, tan característica de los gustos españoles, tuviera lugar en la parroquia de los indios. Sigue una magnífica descripción de la construcción de las plazas de toros de madera, de su decoración y del lugar reservado a las autoridades: «El tablado que sirvió para el excelentísimo señor virrey, toda la Real Audiencia, tribunales y ciudad, formaba un ayroso salón adornado con toda grandeza, y decencia». El *corregidor* se encarga de encontrar los mejores toros de Nueva España «de un parage, o vaquería, que llaman

³⁷ Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, pp. 700-701.

³⁸ Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, p. 701.

La Goleta, que es como si dixeramos en España Toros de Xarama»³⁹, y también es el que retribuye a los toreros. El virrey «liberalísimo» da los toros y concede, a petición del pueblo, cuatro días adicionales de «toros». En una forma muy simbólica es en la plaza de la «parrochia de los Indios» donde se reúne el pueblo de la Ciudad de México, al cual se unen todas las autoridades civiles, mientras que las autoridades religiosas están ausentes. Recordemos que a la catedral sólo asistían las autoridades civiles y los criollos más influyentes al lado de los religiosos. Esta «crónica taurina» es quizá una de las más antiguas de la Ciudad de México, después de la célebre relación escrita por una mujer, doña María Estrada Medinilla, a una monja prima suya en 1640⁴⁰.

El concurso de esta plaza fue de lo más numeroso que se ha visto en semejantes funciones, porque los tablageros publicaron diversas invenciones para todas las tardes, como correr liebres, encohetar los toros [...] y aunque su excelencia sólo avía concedido quatro días para este regozijo, después a petición y súplica de los mismos tablageros, que alegaban no avían sacado el costo de el remate de la plaza, que fue en tres mil y seiscientos pesos, les concedió otros quatro días, para que tuviessen algún logro⁴¹.

Está claro que, al término del relato de las fiestas de la canonización de Juan de la Cruz, al término de esta extraordinaria escenografía e historiografía de la grandeza de la Ciudad de México, no es sólo a la Orden del Carmen sino también, y quizá sobre todo, al virrey de Nueva España, es decir al representante del soberano español, a quien corresponde la gloria por su generosidad y el orden que supo asegurar al haber presidido la edificación y contribuido al placer de la Ciudad de México. En efecto, cada uno pudo recuperar sus tesoros, nada se perdió ni se rompió, lo que comprueba que el santo vigilaba sus fiestas. Y la Ciudad se encierra sobre sus tesoros. Embriagados por tantos esplendores, deslumbrados por los centelleos de sus recuerdos, los autores no dudan en desviar una cita de Virgilio para dibujar, con una orgullosa vanidad, la cantidad gastada en la única iglesia del Carmen: «cuyo monto expressa con toda puntualidad este medio verso de Virgilio con los números

³⁹ Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, p. 702.

⁴⁰ Josefina Muriel, 1982, p. 145, menciona la *Relación escrita por doña María Estrada Medinilla a una religiosa monja prima suya*, publicada en México en 1640, como siendo quizá la primera crónica taurina de Nueva España.

⁴¹ *El segundo quinze de enero de la Corte mexicana...*, p. 702.

castellanos que dicen con todo lo que se gastó en sólo el convento de dichos padres, Xanthum, Xhantumque bIbIceM pesos»⁴², es decir veintidós mil pesos. Y terminan su obra expresando el reconocimiento público por la generosidad de «este gran Corte de México» —es decir, esencialmente, el poder virreinal—, y añadiendo la fórmula consagrada: «Sea a Dios la gloria. Amén». El proyecto mismo de panegírico, cuidadosamente disimulado por los autores, se regresa; tal es el poder de la representación de la historia de la cual la Nueva España necesita para marcar bien su identidad y la permanencia de su poder.

EN CONCLUSIÓN

Es así como la historia de las fiestas de la canonización de Juan de la Cruz, esa «relación a lo histórico», creada en Nueva España a principios del siglo XVIII, constituye un punto de desenlace barroco del proceso historiográfico iniciado desde el fin del mundo antiguo en la península Ibérica, desarrollado en la época de la *Reconquista* sobre los moros, y continuado y renovado con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Está al servicio de una política universal y universalista, pero ya no es España la que está en el centro del mundo sino el conjunto del imperio español con sus diferentes componentes, y en particular la Nueva España. Señala también cierta forma de ritual de la historiografía. Antonio Bonet Correa, historiador del barroco español, observa: «Quien ha leído una relación puede decirse que ha leído todas [...] como todos los ritos»⁴³. La historia se monumentaliza. En la edad barroca, ya no existe el tiempo. Esta temática de la grandeza adquiere la permanencia, en una forma trans-histórica, que le permitiría sobrevivir a cualquier gloria difunta del imperio.

Sin embargo, no cabe duda de que semejante descripción, destinada a señalar, a suscitar el amor y la admiración de la madre España, a demostrar la total integración de la rica y orgullosa Nueva España al imperio español y a su historia, finalmente sólo puede suscitar la envidia y la desconfianza de las autoridades metropolitanas, en ese momento confrontadas con dificultades políticas y económicas cada vez mayores. Un

⁴² *El segundo quince de enero de la Corte mexicana...*, p. 715.

⁴³ Bonet Correa, 1990, p. 8.

siglo más tarde, en 1821, será el fin del virreinato de la Nueva España y el principio de otra historia para España.

BIBLIOGRAFÍA

- Balbuena, Bernardo de, *La Grandeza mexicana*, México, Melchor Ocharte, 1604.
- Balbuena, Bernardo de, *La grandeza mexicana*, ed. John Van Horne, Urbana, University of Illinois, 1930.
- Bonet Correa, Antonio, *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximación al Barroco español*, Madrid, Akal, 1990.
- Courcelles, Dominique de, *Ecrire l'histoire, écrire des histoires dans le monde hispanique*, Paris, Librairie philosophique Vrin, 2008.
- El segundo quinze de enero de la Corte mexicana. Solemnnes fiestas que a la canonización del mystico san Juan de la Cruz celebró la provincia de San Alberto de Carmelitas Descalzos de esta Nueva España*, edición facsimilar de la edición original de 1730 de Manuel Ramos Medina, prólogo Ángel García Lascuráin Zubieta, México, Sociedad Mexicana de Bibliófilos, 2000.
- Maravall, José Antonio, *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1975.
- Maravall, José Antonio, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
- Marin, Louis, *La critique du discours. Études sur la «Logique de Port-Royal» et les «Pensées» de Pascal*, París, Minuit, 1975.
- Muriel, Josefina, *Cultura femenina novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1982.
- Orozco Díaz, Emilio, *El teatro y la teatralidad del Barroco*, Barcelona, Planeta, 1969.
- Ramos Medina, Manuel, «Las fiestas de la canonización de San Juan de la Cruz en la ciudad de México», en *O trabalho mestiço: maneiras de pensar e formas de viver, séculos XVI a XIX*, dir. Eduardo França Paiva y Carla Maria Junho Anastasia, Sao Paulo, Annablume, 2002, p. 297-305.
- Rancière, Jacques, *La fable cinématographique*, París, Seuil, 2001.

